

Arte

Los buenos espíritus de Francesc Ruestes

El artista barcelonés recalca en Senda y se presenta inédito en la galería Marlborough

Sus esculturas representan el ascetismo de un oficio forjado a golpes de sosiego

Barcelona. Ángela Molina

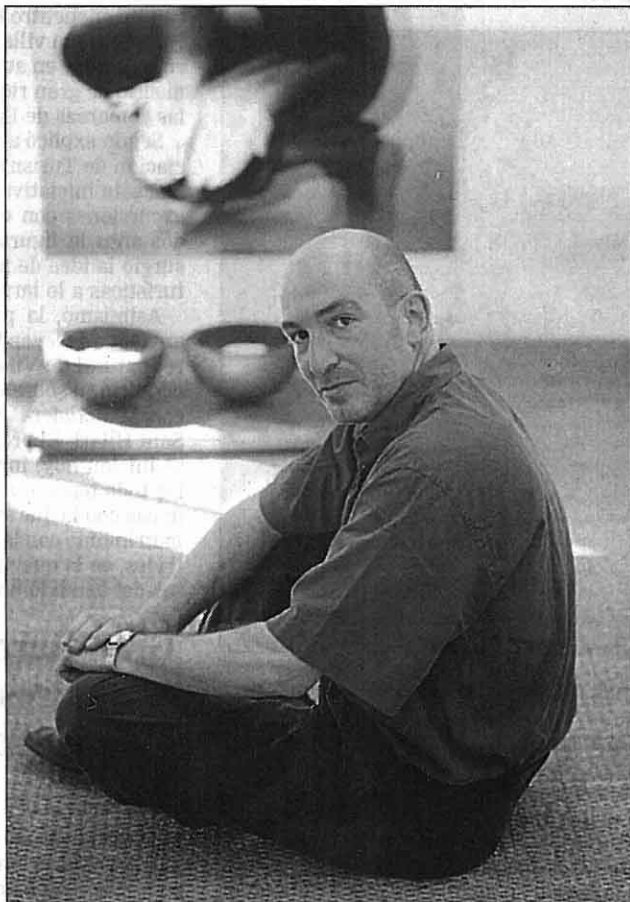
Francesc Ruestes representa en el arte lo que hoy es casi imposible de atrapar, en medio del ruido mediático y los intereses de cierta propaganda auspiciada por las mercaderías y franquicias artísticas: el silencio. Este escultor entregado únicamente a los sonidos de la forja amenaza con hacer tambalear los frágiles cimientos de

los mentideros institucionales. He aquí una exposición que se mantiene por sí sola, y que refleja el afán de un oficio construido a golpes de obstinación. Frente a la indolencia social, se presenta estos días en la galería Senda el camino de un hombre que nos habla de la purificación y el compromiso del artista con el mundo.

Dos exposiciones por el precio de veinte. Francesc Ruestes (Barcelona, 1959) presentó el pasado miércoles en la galería Marlborough tres grandes esculturas en una colectiva compartida con Juan Genovés, Manolo Valdés, R.B. Kitaj, Alex Katz, Frank Auerbach, Concha García y Jean François Fourtout, entre otros. Fue su puesta de largo en Madrid, y ante un público que comenzaba a reconocer su consistente oficio y singularidad.

La de la galería Senda, en Consell de Cent, es una continuación de la de la calle Orfila, o si se quiere, la antecala. Francesc Ruestes genera nuevas formas para la mirada gracias a una exposición integral, «La purificación de los malos espíritus», un conjunto de esculturas instaladas hechas en hierro forjado que recuperan las esencias del artista químicamente puro.

Ruestes traza caminos insondables hacia el yo, su fe en el oficio es directamente proporcional al amor con que lo emprende. Isolista, harto de sufrir la indiferencia e indolencia de la alteridad, el escultor se retira en su estudio para realizar su particular viaje interior. El resultado es a manos llenas, como refleja la fotografía que abre la muestra, hecha en colaboración con Toni Catany. Rues-



ELENA CARRERAS

Ruestes, en la galería Senda, junto a una de sus esculturas

tes muestra las palmas de sus manos impregnadas de pigmento, su oferta es la de un artista que resume en un gesto su pasado y su presente, racionalmente abrumado por el le-

gado de sus maestros: Joan Ponç, Salvador Dalí, Joan Brossa y Josep Granyé. «Gargallo y Julio González fueron los auténticos creadores de un lenguaje nuevo en el mundo de la forja. Yo creo seguir esa tradición. En el mundo del arte tienes la obligación de lanzar mensajes, aportar nuevas ideas; y si no es así, para qué crear. Creo que ése es el verdadero sacrificio del artista y de todo ser humano, el poder descubrir el acceso al camino de las ideas».

Un mensaje único

Las manos de Ruestes son el espejo del alma, y a partir de esa premisa, podemos disfrutar con un discurso apoloético, de la individualidad y esfuerzo frente al material: Un estuche de hierro en forma de corazón alberga un mensaje único, sólo legible por una sensibilidad. A su izquierda, el péndulo descubre los movimientos del alma y sus compartimentos, y el hierro suple la ingravidez de sus inquietudes. Una pantalla de metacrilato refleja el yo/otro frente a una plancha pigmentada por el recuerdo de Zóbel. No hay escapatoria, los trucos visuales de Ruestes añoran el pudor, reconciliado con una intimidad sobresaliente. Una escultura blanca, como las nubes, suaviza sus contornos en nombre de un Dios al que el «Artista» reclama, en un acto de humildad.

Más puntos de energía, encerrados en un recipiente centrípeto, antes de enfrentarse al calor de la llama de la esperanza. Ruestes recuerda la fragilidad de la memoria en un díptico que encierra papeles cosidos, notas sublimes que despide el inconsciente de un artista cuya obra es una elegía del sosiego.